EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

MAS VALE

PÁJARO EN MANO,

PROVERBIO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. PELAYO DEL CASTILLO.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ. 40.—2.°

1873.

MÁS VALE PÁJARO EN MANO...

LIBRERIA DE CUESTA
CARRETAS 9 MADRID

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/msvalepjaroenman00cast

MÁS VALE PÁJARO EN MANO...

PROVERBIO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON PELAYO DEL CASTILLO.

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro Martin el dia 30 de Marzo de 1872.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
DON CANUTO, padre de.....	Sr. Cobeña.
PAQUITA.....	Srta. Brocal.
DON CÁRLOS.....	Sr. Fraile.
DON CLETO.....	Sr. Moreno.
DON HIPÓLITO.....	Sr. Tormo (Hijo.).

Esta obra es propiedad de D. Alonso Gullon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Salon lujosamente amueblado: puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

D. CANUTO, leyendo un periódico.

«El marqués de Pinos-altos
»ha llegado á Madrid.» Eso
qué me importa á mí!—«En Bilbao
«ha llovido.» Lo celebro.
«Es preciso confesar
»que están muy malos los tiempos.»
¡Vaya una noticia nueva!
«El trigo ha subido.» Eso
no solamente me importa,
sino que me causa miedo.
¡Qué gobierno, Vírgen santa!
Qué gobierno! qué gobierno!

ESCENA II.

DICHO y PAQUITA.

PAQ. Buenos dias, papá.
CANUTO. Hola!
¿Has dormido bien?
PAQ. No puedo,

712809

bien lo sabe usted, cerrar
los ojos.

CANUTO. ¡Por qué, lucero?

PAQ. Porque esa maldita boda
me quita hace tiempo el sueño.

CANUTO. ¿Tan mal partido es don Cárlos?
Un excelente sujeto,
un jóven rico, buen mozo...

PAQ. Vale mucho más Alfredo.

CANUTO. Tu primito? Un pobre diablo...
Como que no tiene un céntimo.

PAQ. Don Cárlos es feo.

CATUTO. Tiene,
si á la fama he de dar crédito,
treinta mil duros!—Atrévete
á decir que ese hombre es feo!

PAQ. Treinta mil duros!

CANUTO. Ya ves;
ademas que es muy espléndido;
realizará, de seguro,
tus caprichos más ligeros.
Irás en coche.

PAQ. De veras?

CANUTO. No habrá baile ni concierto
á que no asistas.

PAQ. ¡Qué gusto!
Pero ¿y Alfredo?

CANUTO. ¡Qué Alfredo
ni qué ocho cuartos! recuerda
que hoy la riqueza es un mérito,
que un marido es un fenómeno
en estos benditos tiempos,
porque el amor hácia el lujo
es innato en vuestro sexo,
y las mujeres legítimas
cuestan tanto por lo ménos
como las otras.

PAQ. ¿Las otras?

CANUTO. Sí, las... Como iba diciendo,
don Cárlos es el marido
que te conviene.

PAQ. Ya veo...

CANUTO. Por la sencilla razon
de que es hombre de dinero!
PAQ. Eso es verdad. Mariquita
se casó con don Tadeo,
un chico de muchas luces.
CANUTO. Ya! sería fosforero.
PAQ. No tal, poeta.
CANUTO. Peor!
PAQ. Un muchacho de provecho,
pero no tenia un cuarto.
Mariquita á pesar de eso,
le quería casi tanto
como yo le quiero á Alfredo:
pues bien, no les fué posible
vivir juntos mucho tiempo;
se separaron...
CANUTO. ¿Al mes?
PAQ. Tan pronto no, al mes y medio.
CANUTO. Lo que á tí te pasaría
como te unieras á Alfredo.
Diantre! llaman? (Un fuerte campanillazo.)
PAQ. Y con fe.
CANUTO. Será don Cárlos; hay genios
que no pueden remediarlo,
se han de anunciar con estrépito. (Otro.)
No cabe duda, es don Cárlos.
Mañana será mi yerno,
conque no veo peligro
en que tengais un pequeño
desahogo, una entrevista...
Me voy adentro, hasta luégo.

ESCENA III.

DICHA y D. CÁRLOS, con un enorme ramo.

PAQ. (Aquí está ya.)
CARLOS. (Por mi nombre,
que ha de ver cuánto la amo.)
PAQ. (Es un hombre con un ramo,
ó es un ramo con un hombre?)
CARLOS. Señora, el ardiente afan

que abrasa mi corazon,
es un ardiente balcon...
digo, un ardiente volcan.
Símbolo de mis amores,
y emblema de mis deseos...
Pero basta de floreos,
y tome usted estas flores.

PAQ. Gracias. (Si pesa un quintal!)
(Colocándolo sobre el sofá.)
Siéntese.

CARLOS. Me sentaré
con el permiso de usté.

PAQ. (Qué hombre tan original!)

CARLOS. Por mi ternura infinita,
será usted una señora.

PAQ. Acaso no soy...

CARLOS. Ahora,
no es más que una señorita.
Yo me avengo al matrimonio,
porque sé que usted es leal,
y no ha de pasarme igual
que le pasó á Celedonio.

PAQ ¿Y qué es lo que le pasó
á don Celedonio?

CARLOS. Qué?
Nada, figúrese usté
que una noche se encontró...
¡Y luégo dicen que chilla!
¡pues si está de razon harto!
Se encontró un ros en el cuarto
de su adorada costilla.

PAQ. ¿Y eso qué tiene que ver?...
¿Es alguna picardía?

CARLOS. Es que ese ros lo tenía
sobre el hombro su mujer!

PAQ. Tampoco hay en eso mal,
ni nada que ofendá á Dios.

CARLOS. ¡Es que había bajo el ros
un caballero oficial!
Mas yo sería un bolonio,
si creyera con cinismo
que iba á pasarme lo mismo

que le pasó á Celedonio.
PAQ. (Lo dicho, es original.)
CARLOS. ¿Recuerda usted cómo fué
enamorarme de usté
lo mismo que un animal?
PAQ. No señor.
CARLOS. Pues yo tampoco.
Sé que me pareció hermosa,
y que fué idéntica cosa
verla que volverme loco.
PAQ. Loco?
CARLOS. Sí, en amor me abraso,
y estoy loco de remate.
Voy á hacer un disparate,
y la prueba es que me caso.
PAQ. Galante es mi prometido.
CARLOS. Sí, Paquita, no le asombre,
quiero dejar de ser hombre
y convertirme en marido.
PAQ. Luego el casarse es desliz?
CARLOS. Hombre soy, y quiero ver
si dejándolo de ser
consigo ser más feliz.
PAQ. Don Cárlos, lazos eternos
los que van á unirnos son,
y ántes de tan santa union
es necesario entendernos.
Comprendo de esta manera
el vínculo conyugal:
quiero, como es natural,
que mi marido me quiera,
pero sin vanos recelos,
sin ridículas manías
y sin las necias porfías
que son hijas de los celos.
Cortés conmigo ha de ser,
en público sobre todo,
halagando de este modo
mi vanidad de mujer.
Nada de gastar sin tasa,
aunque eso está en moda hoy dia.
La más justa economía

ha de reinar en mi casa.
El vivir alto es fatal
y revela pretensiones:
bueno es ahorrar escalones;
quiero un cuarto principal.
Como aquí en este pais
lo de París es tan caro,
será conveniente, ¡claro!
que vivamos en París.
Pone el que anda á troche y moche
su calzado en mal estado,
pues bien, para ahorrar calzado
debemos ir siempre en coche.
Nunca pierda usted de vista
este programa que doy:
no dirá usted que no soy
una buena economista.

CARLOS. De admiracion estoy lleno.
¡Brillante el programa es!
(Tú cásate, que despues
ya verás tú lo que es bueno.)

ESCENA IV.

DICHOS y D. CANUTO.

CANUTO. ¡Mi simpático Carlitos!
CARLOS. ¡Mi buen don Canuto! (Abrazándole.)
CANUTO. Cáspita!
no me abraces de ese modo,
que vas á estrujarme el alma!
CARLOS. Es que le quiero á usted tanto!
(Maldita sea tu estampa!)
CANUTO. Así expresas tu cariño?
(Ay! hija de mis entrañas!)
CARLOS. (Le detesto cordialmente.)
CANUTO. (¡Ella que es tan delicada!)
PAQ. (Es feo, pero parece
que tiene muy buena pasta.)
CANUTO. Escucha, Paquita, oye,
mi buen Carlitos: mañana
vais á uniros para siempre:

en tan graves circunstancias
no estará de más que os eche
una breve perorata,
porque es sabido, hijos mios,
que no hay funcion sin programa.

CARLOS. La brevedad es precisa
condicion de la elegancia.

CANUTO. Ya he dicho que seré breve.

CARLOS. Está muy bien. (Dios lo haga.)

CANUTO. El matrimonio es un lazo
(Sacando una enorme caja de rape y tomando un polvo.)
cuya mision noble y santa...
Aché!... (Estornudando.) No es otra que unir,
fundir en una dos almas.
Suelen hacer los dos cónyuges
ó su dicha ó su desgracia,
y segun autoridades
que sobre el asunto tratan,
la ventura conyugal
á la lotería iguala;
suele caer tarde ó nunca,
pero cuando cae. . aplasta.
Como la mujer es débil
su debilidad la ampara,
y pues el mundo sanciona
el imperio de las faldas,
entre gentes de buen tono,
sobre todo de crianza,
la mujer es la que pega
y el marido es el que paga.
Hija mia, sé la imágen
de tu madre que Dios haya,
¡á no ser una serpiente,
hubiera sido una santa!
Y tú, ¡oh Cárlos! en olvido
no pongas tu ilustre raza!
Eres hijo de tu padre,
desciendes de los Mendañas,
que vivieron y murieron...
sin que les pasára nada.
Ah! yo presiento, hijos mios,

y el corazon no me engaña,
que vais á ser tan felices
como lo fuimos yo y Marta,
que se murió de un berrinche
el primer dia de Pascua,
porque su primo Tobías
no quiso comer en casa.
No te mueras por un primo,
porque eso es una primada,
y vive junto á tu esposo
llena de ventura y calma.
Procura ser tan dichosa
como deseo con ansia,
porque si no eres feliz... (Conmovido.)
vas á ser... muy desgraciada.

CARLOS. Ha concluido usted?

CANUTO. Sí.

CARLOS. Pues me voy, que el tiempo pasa
y tengo cierto negocio...

CANUTO. Negocio has dicho? pues basta,
lo primero es lo primero.
Vé, corre, vuela, qué aguardas?

CARLOS. Paquita... (Saludando.)

CANUTO. Dale la mano.

PAQ. Pero papá...

CANUTO. Vamos, dásela.
Ahora al negocio. (Á D. Cárlos.)

CARLOS. Voy...
(Este viejo es un canalla;
en cuanto sea mi suegro
emigro con ella...)

CANUTO. (Empujándole hácia el foro.) Anda!

ESCENA V.

DICHOS ménos D. CÁRLOS.

CANUTO. Ántes de casarse trato
de halagarle, esta es la táctica,
luégo sacaré las uñas,
digo, y que las tengo largas.

PAQ. Sí? pues su hija de usted,
cual hija bien educada,
seguirá tan noble ejemplo.
CANUTO. Pues que Dios te haga una santa.
Pero has tomado la cuenta
de la compra á Sinforiana?
PAQ. No.
CANUTO. Pues en qué piensas? Corre!
Ojo con esa muchacha!
Ayer le costó un conejo
un duro.
PAQ. Un duro?
CANUTO. En la plaza
no se presenta, de fijo,
un conejo que lo valga.
PAQ. Voy á ver...
CANUTO. Nada, Paquita,
ojo al Cristo, que es de plata.

ESCENA VI.

D. CANUTO, poco despues D. HIPÓLITO.

CANUTO. Mi hija, gracias á Dios,
ha heredado mis instintos,
y tiene como quien dice
la aritmética al dedillo.
HIPOL. ¿Don Canuto Malaespina?
CANUTO. Servidor.
HIPOL. Muy señor mio.
CANUTO. Qué se le ofrece á usted?
HIPOL. Vengo...
Procuraré ser conciso,
el tiempo es dinero.
CANUTO. Justo,
eso es hablar como un libro.
HIPOL. Conocerá usted mi nombre,
me llamo Hipólito Rico.
CANUTO. Muy bien, si el nombre me gusta,
me entusiasma el apellido.
HIPOL. Soy muy franco.
CANUTO. Así me place.

HIPOL. No tengo más Dios, más ídolo
que el dinero.
CANUTO. Á mí me pasa
exactamente lo mismo.
HIPOL. Por ejemplo, el matrimonio;
para mí no es ese vínculo
otra cosa que un contrato
mercantil, en que el espíritu
de conveniencia preside
como el único motivo...
el pensar en esta época
de otra manera es ridículo.
CANUTO. Habla usted como un oráculo.
HIPOL. Gracias; ahora bien, he visto
á su hija de usted.
CANUTO. Sí?
HIPOL. Sí, la otra noche en el Circo.
Estaban representando
un drama: *Lo positivo*.
Yo no voy nunca al teatro,
pero me gustó ese título,
porque soy positivista
por conviccion, por principios,
y hasta por temperamento:
prefería cuando niño
una gotita de cera
á la esperanza de un cirio.
CANUTO. Es usted un hombre grande!
HIPOL. Volviendo á tomar el hilo
de mi historia, ví á su hija.
Un amigo... en el sentido
que da á esta palabra la época,
porque yo no tengo amigos,
me habló de Paquita en términos
que me encantó hasta el delirio.
Me dijo que era una jóven
de corazon duro y frio,
la personificacion
más pura del egoismo,
que en matemáticas era
un verdadero prodigio,
y en fin, que al amor sabia

anteponer un principio,
una verdad matemática
la de dos y tres son cinco.
Á otro cualquiera le hubiese
helado este panegírico,
pero á mí me entusiasmó
hasta un punto que al oirlo
concebí la santa idea
de llamarme su marido,
de modo, amigo, que vengo
con el objeto exclusivo
de pedirle á usted su mano.
Este es mi plan, conque he dicho.

CANUTO. Ay! amigo de mi alma!
y cuánto siento decírselo!
Es usted lo que se llama
el dechado, el prototipo
de los yernos, pero he dado
mi palabra... Siempre he sido
y seguiré siendo esclavo
de todos mis compromisos.
Prometí á don Cárlos Cuesta
que sería yerno mio,
y se me hace cuesta arriba
volverme atrás de lo dicho.
Ademas, Paquita le ama
con frenesí, con delirio,
y si á su amor me opusiera,
se moriría, de fijo!

HIPOL. Lo siento por mí y por ella.
Ella, segun he sabido,
tendrá catorce mil duros
todo lo más.

CANUTO. Pues! y un pico.

HIPOL. Yo tengo cuarenta mil!

CANUTO. Cuarenta mil!

HIPOL. Mi apellido
se encuentra justificado,
ya vé usted, me llamo Rico.

CANUTO. Mire usted, yo... francamente,
casi estoy arrepentido
de haber dado mi palabra...

Segun más tarde he sabido,
mi futuro yerno no es
lo que juzgué en un principio.
Es muy ligero de cascos,
tiene un carácter muy díscolo,
y siempre de broma en broma
y de garito en garito...
Sí! va á poner á mi hija
al borde del precipicio,
y mi deber como padre
es salvarla.

HIPOL. Muy sencillo,
no la case usted con él,
y cásela usted conmigo.

CANUTO. Eso haré.

HIPOL. Cuento, pues...

CANUTO. Ántes,
ántes verme en un suplicio,
que faltar á mi palabra!

HIPOL. Pues choque usted esos cinco.

CANUTO. Choco, y juro, y tomo asiento.
(Sentándose é invitando á D. Hipólito á que haga lo mismo.)

HIPOL. Pues yo no, porque es preciso...
tengo que ir á cobrar...

CANUTO. Hombre!
á cobrar...

HIPOL. Y es un piquillo
respetable.

CANUTO. Tome usted
el sombrero, amigo mio,
no sé cómo siendo usted
tan prudente, tan activo,
descuida un solo momento...

HIPOL. Voy...

CANUTO. Le creía mas listo.

HIPOL. Hable usted con esa niña...

CANUTO. Si es negocio concluido!

HIPOL. Volveré dentro de un rato.

CANUTO. Bien, bien, cuente usted conmigo.

HIPOL. Adios.

CANUTO. (Acompañándole hasta la puerta.)

Esté usted seguro
de que le aprecio y le estimo...

HIPOL. Hasta despues.

CANUTO. Hasta cuando
le parezca á usted, querido.

ESCENA VII.

D. CANUTO, poco despues D. CLETO.

CANUTO. Qué talento! qué elocuencia!
y qué corazon tan grande!
Decididamente es
un candidato aceptable.

CLETO. Don Canuto...
(Precipitadamente y en el tono característico del hombre de negocios.)

CANUTO. Qué hay, don Cleto?

CLETO. Vengo, don Canuto, á hablarle...

CANUTO. Pero tome usted asiento.

CLETO. No hay tiempo para sentarse.
Vamos al grano, y le ruego
(Siempre el mismo tono.)
que conteste terminante
y categóricamente.
¿Está resuelto el enlace
de Paquita?

CANUTO. Está resuelto.

CLETO. Pues entónces, adios.

CANUTO. Diantre!
no se vaya usted así.
Diga usted...

CLETO. Quiere usted que hable?
pues bien, su hija de usted tiene
otro novio, otro aspirante...

CANUTO. Quien tal pretende se expone
á recibir un desaire.

CLETO. Bien, pero...

CANUTO. Ni una palabra!
es gastar saliva en balde...

CLETO. Pues señor, es muy sensible
que un partido tan brillante...

nada ménos que un millon! ..
CANUTO. Un millon? Hable usted, hable!
no sea usted así, hombre!
siéntese usted y descanse...
y cuente despues con calma
los más pequeños detalles...
Conque un millon? Vamos, hombre,
sea usted un poco amable!
CLETO. Ha dado usted su palabra
y es inútil que me canse...
CANUTO. Usted sabe lo que son
las palabras, usted sabe
aquello de, *verba volant*...
¡se las lleva siempre el aire!
CLETO. Se trata de mi sobrino,
que es un jóven comerciante
que se ha hecho rico en la Habana.
CANUTO. Jóven bello y apreciable...
CLETO. En dos años un millon!
CANUTO. Oh! jóven interesante!...
CLETO. Y pico.
CANUTO. Oh! jóven magnánimo!
merece que se le abrace...
CLETO. Ir no pude á verle, gracias
á mis antiguos achaques,
pero al fin inventé el medio
de que volviera á sus lares.
CANUTO. ¿Viene ese jóven simpático?...
CLETO. Siempre ha sido muy amante
de sus bellas compatriotas,
y dije: «voy á buscarle
una novia por aquí,»
y como usted tiene un ángel
por hija, dije: «esta es
la que conviene á mis planes:»
le pedí á usted su retrato
y se lo mandé al instante...
Surtió su efecto.
CANUTO. Sí, eh?
CLETO. Luis es muy impresionable,
y escribió que sin demora
iba á disponer su viaje...

Anteayer desembarcó
en el puerto de Alicante,
se embarcó en el tren, y hoy mismo
tendré el gusto de abrazarle...

CANUTO. Hoy mismo!

CLETO. Como que voy
á recibirle.

CANUTO. Admirable!
Si es un chico tan simpático!
Ya le quiero como á un padre,
quiero decir, como á un hijo!
que sin perder un instante
vuele á mis brazos!

CLETO. Yo corro...

CANUTO. ¡Alquile usted un carruaje!

ESCENA VIII.

D. CANUTO, á poco PAQUITA.

CANUTO. Paquita! Ven, hija mia!

PAQ. ¿Qué ocurre, papá?

CANUTO. Si vieras!...
¡Y hay todavía quien osa
dudar de la Providencia!
Existe! Sí tal, existe!

PAQ. Pero...

CANUTO. No seas incrédula!

PAQ. Pero se ha vuelto usted loco?

CANUTO. Poco ménos. ¡Si supieras!...
El sobrino... tu retrato...
Un millon!... Viene de América!

PAQ. Ay! pobre papá! No hay duda,
ha perdido la chaveta!

CANUTO. Es un nuevo pretendiente,
viene de lejanas tierras...

PAQ. Pero quién...

CANUTO. No le conoces.

PAQ. Permita usted que no entienda...

CANUTO. Pero él te ha visto.

PAQ. Me ha visto?

CANUTO. En América!
PAQ. (Estupefacta.) En América?
CANUTO. Gracias á los adelantos
de la química moderna.
¡Sublime fotografía!
bendita, bendita seas!
Está que bebe los vientos
por esa cara hechicera!
PAQ. Conque un jóven...
CANUTO. Sí!
PAQ. Que ha visto
mi retrato en luengas tierras?
CANUTO. Sí!
PAQ. Que tiene un millon.
CANUTO. Sí!
PAQ. Que me quiere...
CANUTO. Con vehemencia!
Como que cruza por verte
muchos millones de leguas,
exponiéndose á ser pasto
de delfines y ballenas!
PAQ. ¡Si parece que está usted
contándome una novela!
CANUTO. Nada más cierto, hija mia.
Llaman. (Campanillazo estrepitoso.)
PAQ. Sí.
CANUTO. Con la cabeza!
PAQ. Don Cárlos, quien si no él...
CANUTO. Pues vete, no te detengas.
PAQ. Haga usted por disculparme...
CANUTO. Voy á despedirle en regla.

ESCENA IX.

D. CANUTO, D. CÁRLOS.

CARLOS. Papá, de vuelta estoy ya.
CANUTO. (Seamos hombres de pecho.)
Diga usted, ¿con qué derecho
me llama usted su papá?
Responda usted, señor mio!
CARLOS. No sé...

CANUTO. Si usted nada sabe!
La cosa es grave, muy grave.
CARLOS. (Pero qué tiene este tio?)
CANUTO. Vamos á cuentas, ¿por qué
se porta usted de ese modo?
Lo sé todo!
CARLOS. Todo?
CANUTO. Todo!
CARLOS. Hombre, qué sabio es usté!
CANUTO. Sé que usted juega á la banca,
y que el tapete le alegra,
pero con suerte tan negra,
que al fin se quedó sin blanca.
(Á cada palabra crece el asombro de D. Cárlos.)
Sé que cayó usted de bruces
en la calle el otro dia,
porque tiene la manía
de estar siempre entre dos luces.
Sé que fuma usted tambien
más de lo que corresponde,
y que entra en casas, en donde
no entran los hombres de bien;
y sé, en fin, por acabar,
que es usted un seductor,
pero de marca mayor!
CARLOS. Quién, yo?
CANUTO. Quiere usted callar?
CARLOS. Si ya no hay aguante...
CANUTO. Usté
se ha introducido en mi casa
con un descaro sin tasa
y notoria mala fe.
Usted le ha hecho el amor
á mi hija siendo así
que es casado!
CARLOS. Yo?
CANUTO. Sí!
CARLOS. Sí?
CANUTO. Que lo es usted, sí señor!
Tiemble usted cual tiembla el reo
ante el juez.
CARLOS. (Está demente?)

CANUTO. Míreme usted frente á frente.
CARLOS. No quiero, es usted muy feo.
CANUTO. ¿Baja usted los ojos, eh?
CARLOS. (Si no fuera por las canas...)
CANUTO. Qué es lo que siente usted?
CARLOS. Ganas
de merendármelo á usted!
CANUTO. En mi propia casa! oh!
CARLOS. Qué busca usté? un rompimiento?
CANUTO. Justo, al momento!
CARLOS. (Dando un puñetazo sobre el velador y rompiendo una taza de china.)
Al momento!
CANUTO. No vale romper!
CARLOS. Pues no!
De eso se trata.
CANUTO. Oh! fiereza!
CARLOS. Por eso rompo y destruyo...
CANUTO. Rómpase usted algo suyo,
por ejemplo, la cabeza.
Salga usted de aquí!
CARLOS. Yo, eh?
CANUTO. Salga usted!
CARLOS. No me acomoda!
¿Y los regalos de boda,
cuándo me los vuelve usté?
CANUTO. Por ser de usted, su destino
fué echarlos por el balcon.
CARLOS. Va usted en esta ocasion
á seguir igual camino.
CANUTO. Socorro!
CARLOS. Todo es en balde!
CANUTO. (Esto toma mal cariz.)
CARLOS. Pero... una idea feliz,
voy á avisar al alcalde.

ESCENA X.

D. CANUTO, despues D. HIPÓLITO.

CANUTO. Al alcalde! Será en vano,
porque la Constitucion

ha declarado inviolable,
el domicilio español.

HIPOL. Don Canuto.

CANUTO. Don Hipólitto!
(No va á llevar mal sofion.)

HIPOL. Qué hay de nuevo?

CANUTO. (Nada, este
va á pagar mi mal humor.)

HIPOL. Vió usted á Paquita?

CANUTO. Sí.

HIPOL. Y qué es lo que contestó?

CANUTO. (Este vale, pero el otro
vale más, vale un millon.)
La chica agradece tanto
como debe el alto honor...
pero en resumidas cuentas,
ha contestado que no!

HIPOL. Cómo!

CANUTO. Así, rotundamente.

HIPOL. Pero bien, por qué razon...

CANUTO. Dice que no le ama á usted.

HIPOL. Eso dice?

CANUTO. Sí señor.

HIPOL. ¡Y yo que había formado
de ella tan buena opinion!
Y es una mujer vulgar
que tiene fe en el amor!
Yo la creía dotada
del talento más precoz...
y ha nacido, por lo visto,
con aquel sandio candor
que estaba en boga en los tiempos
en que había corazon.
¡Y yo, ¡necio de mí! había
caido en la red! ¡y yo
iba á casarme con ella!
Horror! terror y furor!
Me horrorizo de mí mismo!
Vaya, quede usted con Dios.

ESCENA XI.

D. CANUTO, poco despues D. CLETO.

CANUTO. Confieso que don Hipólito
vale el Perú y el Mogol,
que es un hombre, en fin, que vale
casi tanto como yo,
pero el otro vale más,
el otro vale un millon!
CLETO. Don Canuto, vengo á darle
una noticia feroz.
CANUTO. ¿No ha venido su sobrino?
CLETO. Ha venido, sí señor,
pero ha venido... ¡ha venido
con una hija de Alcoy!
CANUTO. Santa Bárbara bendita!
CLETO. Se ha enamorado al vapor,
y en parte tiene disculpa.
¡Es hermosa como un sol!
CANUTO. Pues mi hija es una Venus!
Basta que lo diga yo!
CLETO. Es preciosa! tiene un pie...
CANUTO. Pues mi hija tiene dos!
Don Luis no la ha visto bien!
CLETO. Vió su retrato.
CANUTO. Y qué vió?
La fotografía sólo
reproduce el exterior,
se ve la cara, sí, pero...
¡Si se viera el corazon!...
la parte moral... Paquita
es como un ángel de Dios!
Si lo que se ve es bonito,
lo que no se ve es mejor!
Ah! cuando fué á retratarse
no tuve la precaucion...
Tiene un lunar junto al hombro...
pero ya se ve, el pudor...
Que venga don Luis, que venga!
CLETO. No puede ser.

CANUTO. Por qué no?
CLETO. Se ha casado.
CANUTO. Se ha casado!
¡Vírgen de la Concepcion!
CLETO. El chico es impresionable
y la chica le petó,
y él cantó de plano, y ella
no quiso darle una coz,
y despues el cura párroco
les echó la bendicion,
y han hecho perfectamente,
y... quédese usted con Dios!

ESCENA XII.

D. CANUTO, luégo PAQUITA.

CANUTO. Me aplastó ese miserable!
¡Perder de golpe un millon!
¿Cómo quiere el pobre diablo
que yo me quede con Dios?
PAQ. Papá...
CANUTO. Yo no soy papá!
PAQ. Pues qué es usted?
CANUTO. Un Neron!
un Calígula, un Tiberio,
un basilisco feroz!
¡Y eso que ma ha dicho el tuno
que me quedára con Dios!
PAQ. Pero qué es lo que sucede?
CANUTO. Que don Luis, el del millon,
se ha casado!
PAQ. Se ha casado!
CANUTO. Con una hija de Alcoy!
PAQ. Es un hombre sin palabra!
Dió su palabra de honor...
CANUTO. Pues por eso no la tiene,
por lo mismo que la dió!
Pero no importa, don Cárlos
loco está por tí de amor...
PAQ. Sí, pero...

CANUTO. Va á venir pronto.
PAQ. Estará ofendido.
CANUTO. No!
Es un infeliz, un... mira,
ve un momento al tocador...
Conviene que te embellezcas;
yo no sé cómo estás hoy...
PAQ. Estoy fea?
CANUTO. Casi, casi.
PAQ. Será posible? Qué horror!
CANUTO. Mira que lo que es don Cárlos
ya no puede tardar.
PAQ. Voy!

ESCENA XIII.

D. CANUTO, poco despues D. CÁRLOS.

CANUTO. ¡Qué terrible contratiempo!
¡Por vida del rey de bastos!
Oh! y qué bien dice el refran,
más vale pájaro en mano...
Pero aún hay esperanza,
yo confio en que don Cárlos...
Una palabra y se arroja
ébrio de gozo en mis brazos.
(En este momento, D. Cárlos, que ha entrado poco ántes, le da una fuerte palmada en el hombro.)
Zape.
CARLOS. Aquí me tiene usted.
CANUTO. Jóven amable y simpático!
CARLOS. No estaba el alcalde en casa.
CANUTO. Siéntese usted.
CARLOS. Los regalos.
CANUTO. Hágame usted el favor...
(Insistiendo en que se siente)
CARLOS. Eso, ó le hago pedazos.
CANUTO. Si viera usted á la niña...
CARLOS. Qué niña ni qué ocho cuartos...
CANUTO. Tan sólo al saber que usted
se había ido enfadado,

se hicieron agua sus ojos
y se armó aquí tal escándalo,
que toda la vecindad
preguntaba, ¿qué ha pasado?
y ahora se halla en su lecho,
presa de mortal desmayo!

CARLOS. Señorita...

(Saludando á Paquita, que aparece en la puerta de su habitacion)

CANUTO. Ven acá,
pichona mia... don Cárlos
está enojado contigo.

PAQ. ¿De veras, está enojado?

CARLOS. Yo? no tal. (Me da vergüenza...
¡Vayan las joyas al diablo!)
He venido á despedirme...

PAQ. Se marcha usted?

CARLOS. Sí, me marcho..

PAQ. Á dónde?

CANUTO. Á dónde?

CARLOS. Al infierno!

PAQ. Ah!

CARLOS. Ya escribiré en llegando.

ESCENA ÚLTIMA.

D. CANUTO y PAQUITA.

CANUTO. En lo inverosímil frisa
un desaire tan nefando!
Cuándo te casarás?

PAQ. ¿Cuando
no tenga usted tanta prisa?

CANUTO. Un pájaro atormentó
tu amor en su dulce potro,
pero por coger á otro,
pues! el pájaro voló.

PAQ. Justo castigo quizás,
pues dice un refran, no en vano,
más vale pájaro en mano...
Ya sabe usted lo demas.

CANUTO. Ese refran es sabido,
por eso, Paquita amada,
aunque el millon he perdido,
quedára muy complacido
si escuchase una palmada.

FIN.